

miradas furiosas á la entrada, y lanzando espantosos rugidos, que eran contestados por los agudos chillidos de sus pequeñuelos.

La fiera procuró, con sus garras, con sus músculos de acero y con la cabeza, apartar la piedra; pero sus vanos esfuerzos no hicieron más que dar pábulo á su furor. El instinto de la paternidad daba, sin duda, mayor aliento á su cólera.

—Es tiempo ya de disparar sobre él,—dijo entonces Mr. Smart.—Apuntad á los ojos y la bala atravesará el cerebro del tigre. Ferú empuñó su fusil de dos tiros y Mr. Colson sus pistolas; y ambos, pasando los cañones por el orificio, dispararon, pero faltaron los tiros.

El tigre, que sin duda había comprendido lo que pasaba, dió un violento salto hacia la derecha; pero al cabo de un instante redobló con furia el ataque. Las cápsulas estaban mojadas, y me apresuré á recoger el frasco de pólvora que había dejado en un rincón de las cavernas. Al bajarme, hallé á los pequeños tigres jugueteando con el frasco, el tapón había saltado y la pólvora se había derramado por el húmedo suelo. Este descubrimiento nos dejó consternados.

—¡Todo se ha perdido!—exclamó Mr. Smart.—Sólo nos toca decidir si es mejor morir de hambre lentamente, ó bien ser víctimas, desde luego, de la fiera.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras Smart, que se dirigió hacia la entrada y fijó su intrépida mirada sobre los centelleantes ojos del tigre. Colson estaba desesperado y juraba como un pagano. Ferú, que tenía mayor sangre fría, sacó del bolsillo un coriel y desapareció en dirección al fondo de la caverna. No tardamos en oír un aullido ahogado, que hizo dar un prodigioso salto al tigre, lanzando espantosos rugidos.

Los guías indígenas, desde lo alto de un árbol, dirigieron al tigre buen número de flechas, que á duras penas desgarraron la piel y sólo lograron aguijonear el furor de la fiera. Una de las flechas entró cerca del ojo del tigre y quedó clavada en la herida. La rabia de la alimaña llegó entonces á su colmo; y lanzándose contra el árbol disparó sus músculos de acero, como si hubiera querido arrancar de cuajo al añoso tronco de la montaña; tales fueron sus saltos y esfuerzos, que logró desembarazarse de la flecha.

El quejido que habíamos oído era que Ferú había estrangulado á los cachorros del tigre. Nuestro compañero se había acercado, llevando en brazos á los cadáveres de aquellos animalillos, y por el mayor de los intersticios los echó fuera de la gruta. Apenas el tigre hubo olfateado las dos víctimas, lanzó rugidos desesperados y violentos.

Amonesté á mi criado Ferú por su imprudencia, pero el indiano, que se había vuelto familiar é irrespetuoso ante el común peligro, me contestó que sabía mejor que yo lo que debía hacer.

Mientras ocurría esta escena, había cesado la tempestad, y un viento apacible, cargado de aromas y perfumes, sucedió á los bramidos del huracán. Los pájaros, alborozados, saludaban con variados arpegios y armonías la vuelta de la bonanza; y las gotas de la lluvia, trémulas sobre las hojas de los árboles ó los huecos de las rocas, relucían como polvos de brillantes.

El tigre, absorto en la contemplación de los cadáveres de sus pequeñuelos, parecía indiferente al cambio del tiempo, y brotaban de sus fauces espumarajos producidos por la rabia y el dolor.

De pronto se oyó en lontananza un prolongado rugido, que fué contestado por el tigre con otro, plañidero y amenazador. Los indígenas, lanzando gritos de terror, anunciaron que nos amenazaba un nuevo y grave peligro.

Nada más cierto; al cabo de un instante, vimos á un tigre de menos talla que el primero dirigirse con rápido galope hacia nosotros.

—¡Es la hembra!—gritó Mr. Smart;—será implacable con los que han matado á sus hijuelos.

En efecto; apenas el nuevo tigre palpó la terrible realidad, lanzó rugidos feroces, que retumbaron como el trueno; el padre unió sus clamores á los de la hembra, y oyóse un coro de gritos lamentables.

Enmudeció al fin la hembra y arrimó su hocico á los intersticios de la roca, como si hubiera querido ver á los verdugos de sus hijuelos; y después se lanzó con tal furia sobre el obstáculo, que fueron necesarios todos nuestros esfuerzos para que la fiera no derribara la piedra que tapaba el orificio de entrada.

Viendo que eran vanos sus esfuerzos, la hembra se acercó al tigre, y pareció como que le consultaba algo, y después se alejaron ambos con paso rápido y desaparecieron de nuestra vista. Por momentos, sus rugidos se oían más débiles y lejanos, y pronto cesaron de oírse.

Apenas las fieras se hubieron alejado, descendieron los indígenas del árbol, y nos gritaron que saliéramos sin demora y aprovecháramos la única coyuntura de salvación que se nos ofrecía, pues los tigres se dirigían hacia la cima de la montaña, para penetraren la caverna por otra abertura.

Nos apresuramos á salir, retirando la piedra que tapaba aquella tumba, en que temíamos quedar sepultados vivos.

Mr. Smart fué el primero que abandonó la guarida, recobrando su fusil de dos tiros.

Por lo que atañe á nosotros, teníamos gran prisa para huir, pues oíamos de nuevo, aunque lejos, los rugidos de los tigres. Seguimos á nuestros guías, enderezando los pasos por un estrecho sendero.

Gran número de ramas y troncos, tronchados por la tempestad, obstruían el camino y hacían penosa y difícil la marcha. M. Smart, aunque ágil todavía, caminaba con alguna dificultad, por lo que nos parábamos á ratos para no dejarle rezagado.

Caminábamos así hacía un cuarto de hora, cuando un grito penetrante, lanzado por uno de los indígenas, anunció que los tigres nos seguían la pista. Nos hallábamos entonces frente á un puente rústico formado por algunos troncos y cañizos, merced al cual se vadeaba un ancho y murmurador torrente. Era un paso difícil, que era forzoso franquear.

Colson, Ferú y yo pasamos sin tropiezo, pero Smart se hallaba en la mitad del puente, procurando guardar el equilibrio, cuando los tigres salieron de la espesura.

Al divisarnos dieron un vigoroso salto hacia adelante, lanzando rugidos espantosos.

En aquel instante, Smart llegaba al otro extremo del puente, y Ferú, Colson, los guías y yo, escalábamos un hacinamiento de rocas que nos cerraba el paso.

Durante este tiempo, Smart, que veía á los tigres que le tocaban los talones, no perdía, no obstante, su valor y serenidad: sacó de la vaina el cuchillo de caza, y cortó las cuerdas que retenían el puente á uno de los añejos troncos de la orilla del torrente, para poner un obstáculo infranqueable á los tigres. Apenas había acabado su tarea, cuando vimos al tigre hembra precipitarse hacia el torrente, y tentando de franquearlo de un salto. La fuerza muscular del tigre hizo traición á sus esfuerzos, y cayó al fondo del torrente, destrozándose en las puntas de las rocas.

Tan trágico desenlace no desalentó al otro tigre, que nadando con vigoroso empuje logró atravesar el torrente. Suspendido sobre el precipicio, y cogido con las garras delanteras á las rocas, hacía la fiera inauditos esfuerzos para tomar pie, cuando Smart, armado de su cuchillo de caza, clavólo hasta el puño en el corazón del felino.

Entonces el tigre, reuniendo todas sus fuerzas, avanzó, logrando coger por la pierna á Smart.

Nuestro heroico amigo conservó toda su intrepidez: agarróse con una mano al tronco de un árbol y volvió á clavar el cuchillo en el corazón del tigre.

Ferú y yo acudimos en su socorro. Colson, cogiendo

el fusil por el cañón, descargó sobre la cabeza de la fiera, con toda la fuerza de su brazo, un terrible golpe; la que, aturdida, dejó á su presa y desapareció en el abismo.

El pobre Smart se había desmayado. La sangre brotaba en abundancia de la herida. Los indígenas cogieron algunas plantas, las aplicaron á la herida y cesó la hemorragia.

Vino la noche; y como á lo lejos se oía el aullido de las fieras era una imprudencia avanzar. Encendimos una buena hoguera; y, cobijados bajo las rocas y de gigantescos árboles, pasamos una angustiosa noche.

Al día siguiente, los guías trasportaron sobre unas angarillas de tronco y ramaje á nuestro desgraciado amigo á una vecina aldea, pero el pobre Smart espiró en el camino.

Cuando hubimos tributado los últimos deberes al buen Smart, me apresuré á abandonar aquellos lugares que encerraban tan lúgubres recuerdos, y aproveché el primer buque para regresar á Europa.

Gran número de narraciones podríamos añadir sobre el tigre; pero el camino que hemos de emprender para dar cima á este libro es largo.

Vivas y variadas emociones me ha proporcionado la caza del tigre, por sus peripecias y peligros. Han desfilado ante mi vista espléndidos paisajes, unas veces sublimes, otras bellos y placenteros; indígenas de todas las tribus, sectarios de Bhuda, llevando impreso en la frente el sello fatalista de las razas orientales; he sido testigo más de una vez de luchas entre fieras, del león y del tigre, el elefante y el leopardo, que hacían retumbar los montes con sus aullidos, gritos y rugidos; he asistido á monterías de gran pompa y aparato, que superan á todo cuanto la imaginación más exaltada puede soñar, y á cacerías sencillas en que crece el riesgo, pero llenas también de inefables emociones.

No puedo recordar mi estancia en la India sin volver los ojos hacia aquella hermosa patria de los hijos del Sol.

Hallé en ella, franca y generosa hospitalidad, no sólo entre mis hermanos de la raza blanca, si que también entre los indígenas. Poco antes de mi salida de la India, estuve á punto de ser víctima del tigre.

Me hallaba en Naraingunge, en Bengala, haciendo los preparativos para mi regreso á New York; cuando me anunciaron que no lejos de allí, á unas dos leguas, entre las zarzas corintias, en los junglares, vagaba un tigre adulto, que ocasionaba grandes destrozos en el ganado.

Dos vecinos, Jeukin y Well, exhalaban lastimosas

quejas porque en breves días habían perdido cinco bueyes. Conferencé con el jefe del puesto militar de Naraingunge, bravo mozo, que conocía de cerca las tretas de la feroz alimaña, y convenimos en darle una batida al día siguiente.

La comitiva se componía de cinco elefantes, con sus correspondientes *cornacs*; y, caballeros sobre ellos, íbamos cinco cazadores, seguidos de algunos indígenas á pie.

Los exploradores penetraron en los junglares en que el tigre tenía su guarida.

Vanas fueron durante mucho tiempo sus pesquisas, y sólo faltaba explorar lo más intrincado y espeso de aquellas malezas y mar de verdura. Silbamos á los perros para darles aliento para que avanzaran; pero permanecieron quietos como estatuas, lanzando sordos é inquietos gemidos.

Uno de mis criados trepó á lo alto de uno de los árboles, y, entre las cortinas de lianas y enredaderas que enlazaban amorosamente los árboles y arbustos, procuró escudriñar los junglares. Nada veía, y se disponía ya á bajar de su mirador cuando de repente gritó:

—¡Un tigre, un tigre! ¡alerta!

Oír estas voces y los rugidos de la fiera á la vez, fué obra de un instante.

Apareció á nuestra vista el felino, de hermosa y reluciente piel, las orejas levantadas, y mostrando sus dientes, blancos como el marfil.

Mr. Janson, jefe militar, disparó á una distancia de unos treinta pasos. La bala hirió al felino, que, dando un salto atrás, penetró de nuevo en los junglares.

Llamé á algunos exploradores, armados con tajantes hachas, para que me abriesen paso entre las glagas y espinas de los junglares. Impaciente, preso de este

calor venatorio que sólo pueden comprender los devotos de San Huberto, avancé hacia la espesura, desgarrándome las carnes y vestidos. El tigre, que me espiaba oculto tras de una maleza, se lanzó sobre mí, derribándome al suelo.

¡Terrible escena! La cabeza del felino estaba junto á la mía; sus feroces pupilas fijas en mis ojos; sus fauces sanguinolentas echando espumarajos de rabia; y sus garras se hundían en mis carnes.

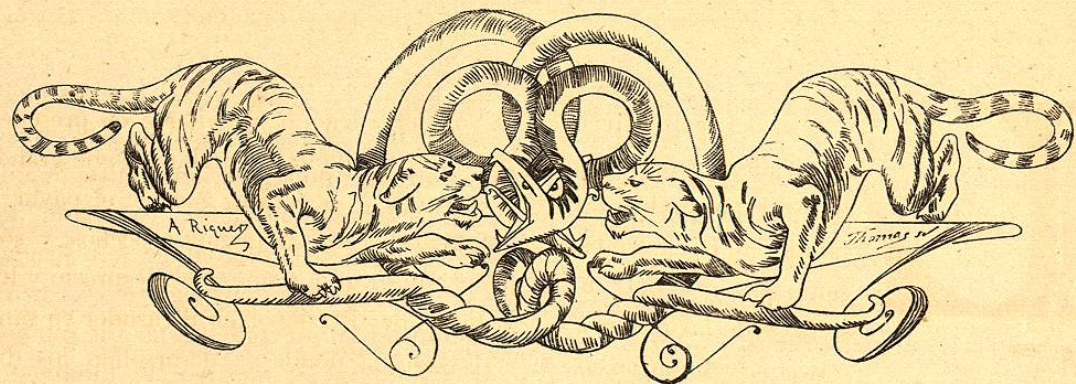
Cerré los ojos, pensando en Dios, en mi patria y en los seres queridos que había hallado durante mi peregrinación por la tierra; pues mi muerte era segura.

Por fortuna, Mr. Janson, dueño de sí, con el mayor arrojo y valor, apuntó friamente, esperando el momento de poder disparar sin herirme. Pero los momentos eran críticos, y no podía aguardar; disparó, y la bala, atravesando el cráneo de la fiera, la hirió mortalmente. El tigre dió un terrible salto, y volvió á caer en el suelo, presa de las convulsiones de la agonía.

Mis compañeros acudieron á levantarme y á socorrerme; felizmente sólo había recibido algunos rasguños y una ligera herida en el cuello, de la que sané al cabo de una semana.

Mis compañeros me prodigaron los cuidados más cariñosos, y conservo de ellos el más grato recuerdo.

Los lectores que quieran relaciones detalladas y abundosos datos sobre la caza del tigre, han de consultar la *Caza del tigre en la India*, de Rice (*Tiger Shooting in India*); las *Altas mesetas de la India Central*, de Forsyth (*Highlands of Central India*); *La grande y pequeña Caza de Bengala*, de Baldwin (*Large and Small Game of Bengal*); Sconi et Sauderson, *Trece años en medio de los animales salvajes de la India* (*Thirteen Years amongst the Wild Beast of India*).

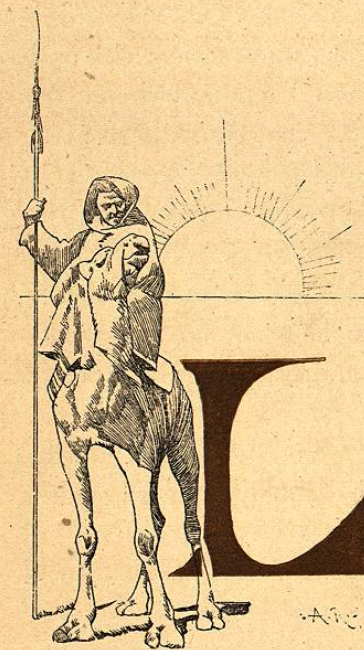


CAPÍTULO III

CAZA DEL LEÓN

EL LEÓN DESCRITO POR LOS MÁS CÉLEBRES CAZADORES

I



LA caza del león ofrece al cazador grandes peligros y peripecias. La fábula y la leyenda, contadas lejos del desierto y de las grandes selvas, se complacen en adornar al león de grandeza y generosidad; pero el árabe ó el cazador perdido en aquellas inmensas soledades, al oír los terribles rugidos que semejan de lejos

Foto II.—Caza mayor y menor

la voz del trueno, ó al hallarse en presencia del *Señor* (como le apellidan los indígenas) de grandes melenas, y aceradas y poderosas garras, el pavor y el miedo señorean los más esforzados pechos, y sólo un gran valor, un gran dominio, y el desprecio y lucha con los peligros pueden devolver al cazador su sangre fría.

La escena donde se desarrollan los dramas ó mejores poemas venatorios de la caza del león son el África y el Asia.

Un tiempo hubo en que abundó el león en la Euro-

11